

Helena BÉJAR

**La dejación de España: Nacionalismo, desencanto y pertenencia**

Buenos Aires y Madrid: Katz Editores, 2008

En términos comparativos occidentales la identificación de los españoles con su sentimiento de pertenencia nacional constituye una anomalía. El orgullo nacional de que se precian los ciudadanos de la gran mayoría los Estados de nuestro entorno no parece haber arraigado plenamente en nuestro país. Uno de los signos más característicos de la evolución política de la España posfranquista son los profundos malestares y los incesantes conflictos relacionados con la búsqueda y la definición de la identidad nacional.

El último libro de Helena Béjar afronta esta apremiante cuestión. Su objeto de investigación es el análisis del lenguaje político del nacionalismo tanto desde la óptica de las naciones sin Estado como desde la nación española. Para estudiar los perfiles de los diversos sentimientos de pertenencia nacional en España se vale de una metodología basada en la interpretación de los discursos ideológicos formulados por una selección de ciudadanos. Concretamente analiza los resultados de los debates celebrados en el marco de diecisiete grupos de discusión, formados por militantes y votantes de los principales partidos del arco parlamentario y reunidos en seis grandes ciudades españolas. Partiendo de dos principales hipótesis, la autora se plantea hasta qué punto el patriotismo republicano, de raíces greco-romanas, basado en el respeto a las leyes comunes y que se expresa a través de un lenguaje de libertad y participación política,

no ha sido engullido por el nacionalismo, de raigambre romántica, con una honda significación cultural y alimentado por una persistente exploración de la identidad de los pueblos. En segundo lugar, se pregunta si no existe en España una dicotomía valorativa entre el nacionalismo periférico, percibido como progresista por la ciudadanía, y el nacionalismo español, todavía asociado con el franquismo y con la derecha autoritaria.

En las conclusiones de la investigación estas dos hipótesis iniciales se consideran como probadas. Si bien el patriotismo constitucional no se halla del todo ausente del panorama político español, su influjo tan sólo ha alcanzado las élites de los partidos y una minoría de ciudadanos ilustrados. Por otra parte, Helena Béjar detecta a través del análisis de los discursos ideológicos que los españoles sufren de privación relativa: poseen una identidad nacional disminuida frente a la identidad reforzada de los nacionalistas periféricos.

En un retrato ácido pero lúcido de la situación, la autora ofrece un fresco de las actitudes políticas de los ciudadanos españoles en relación con su identidad nacional. Distingue en su análisis cuatro principales discursos ideológicos. El españolismo tradicional se inspira en un nacionalismo estatal de raíces conservadoras, basado sobre todo en un concepto cultural de nación. Este discurso, que sentiría nostalgia por el franquismo y se posicionaría a favor de una España centralista y unitaria, se halla

escasamente representado en los materiales analizados por la autora. El segundo discurso ideológico que identifica es el que llama neoespañolismo. Se trata de un nacionalismo de raigambre liberal, que se expresa a través de un lenguaje cívico-republicano y que admite la existencia de círculos de pertenencia múltiple, en el cual España es entendida más como un Estado que como una nación. Los sujetos de este discurso son unos ciudadanos públicamente informados y “proactivos”, versados en el ejercicio de los derechos políticos, proclives a la participación asociativa y movidos por un sentido de compromiso con los asuntos colectivos. Si bien es éste un discurso por el que la autora no oculta sus simpatías, ello no obsta para que deje de certificar su fracaso como proyecto con una amplia base ciudadana, al menos en su versión del patriotismo constitucional, a causa de su excesiva complejidad intelectual y por el déficit emocional que comporta, que confina su profesión a ciertas élites cultas e ilustradas.

En tercer lugar, el análisis de los debates en los grupos de discusión revela la existencia de un discurso nacionalista de ámbito subestatal de tipo moderado, implantado sobre todo en Cataluña, que se basa en un concepto mixto de nación, tanto cultural como cívico. Por último, aparece el nacionalismo soberanista de las naciones sin Estado, arraigado especialmente en el País Vasco y en menor medida en Cataluña. Se trata de un sentimiento radical de pertenencia único y excluyente —no se contempla la posibilidad de ser al mismo tiempo vasco y español—, cuyos valedores perciben el Estado de las autonomías como insuficiente, exigen la puesta en marcha

de un proceso de autodeterminación y se orientan hacia la independencia de los “territorios sometidos”.

Helena Béjar se muestra crítica con los nacionalismos de toda laya, aunque por distintas razones. Sus análisis ponen al descubierto los puntos débiles de cada uno de los discursos presentados. A su juicio, diversos rasgos caracterizan los discursos de los nacionalismos periféricos: su tendencia a la cosificación, al historicismo, al victimismo y a la ausencia de reconocimiento de España, que se considera como una entelequia. En ellos la lengua se concibe muy a menudo como expresión de la conciencia nacional y la nación como un organismo vivo, producto de una historia idealizada y anclada en el pasado. Pero su reflexión de mayor calado supone una interpelación para todos los ciudadanos españoles, independientemente de sus afinidades ideológicas y de sus adscripciones nacionales. Como el dios Jano, el nacionalismo español tiene dos caras, al ser una ensoñación a la vez doliente y prepotente y verse preso en un callejón sin salida: si no se afirma, demuestra sus carencias; si lo hace, exhibe su carácter autoritario. Resulta preocupante la existencia de una honda asimetría en la comprensión del patriotismo, que si es español se asocia con el franquismo o con la derecha autoritaria, mientras que si es catalán o vasco se entiende como una expresión natural del nacionalismo. A la postre, la estrategia del victimismo acaba dando sus frutos, ya que cubre a las naciones sin Estado de una pretendida superioridad moral. Pero lo más grave es que esta percepción es compartida por la gran mayoría de los españoles, que asocian el nacionalismo estatal con un

sentimiento acomplejado y culpable. Esta anomalía histórica nutre las fuentes de una conciencia infeliz generalizada, que se plasma no tan sólo en la insatisfacción permanente de los nacionalistas españoles, sobre todo de los que viven en la periferia, sino también en el malestar de gran parte de catalanes, vascos y gallegos, cuyas concepciones y aspiraciones no acaban de encajar en el diseño institucional actual.

Según la autora, el rapto de España por el franquismo constituye la causa inmediata de su dejación en la actualidad. La vida política española sigue estando condicionada por el legado del franquismo, cuyo pesado lastre no sólo origina un déficit de legitimidad democrática, sino que impide la puesta en marcha de un proceso de renacionalización de España. Mientras la actitud del Partido Popular con respecto al franquismo sea ambivalente, al evitar cuidadosamente sus dirigentes condenarlo y marcar claramente distancias respecto de él, es muy probable que se continúe identificando la bandera española con la derecha autoritaria y que el PSOE no adopte una postura nacionalista más beligerante. Sin embargo, no podrán cicatrizar las heridas de la guerra civil y del franquismo si previamente no se produce un ejercicio de toma de conciencia de la memoria colectiva por parte del conjunto de la población. Esperar que el problema se resuelva solo a partir de la desaparición de las generaciones involucradas en la contienda civil tan sólo supondrá una demora innecesaria.

Este análisis viene a reconocer que la transición democrática se cerró en falso, ya que durante la misma no se hizo lo que se debía, sino lo que francamente se pudo, dadas las circunstancias desfavorables del

momento. En todo caso, con la perspectiva histórica que brinda el paso del tiempo se puede advertir que la difusión del Estado de las autonomías a través de la estrategia del “café para todos” no supuso tal vez la solución más acertada, ya que lejos de resolver los problemas existentes creó otros nuevos.

La metodología cualitativa que usa Helena Béjar no es apropiada para ahondar en las causas más remotas de la dejación de España, algo que explora aunque este propósito quede fuera de los objetivos centrales del libro. Me refiero a la existencia de factores estructurales que fueron el preludio de la guerra civil y que condicionaron una construcción deficitaria de la nación española ya desde mediados del siglo XIX como la modernización tardía de nuestro país, la debilidad del Estado español o el abandono del sistema educativo a manos de la Iglesia católica. Aunque todos estos aspectos aparecen reflejados en el libro, sus datos sobre los discursos ideológicos de los participantes en grupos de discusión no le permiten hacer aportaciones relevantes a dichos debates históricos.

Sin duda, esta obra constituye un valioso ejercicio que ayuda a comprender la gestación, el desarrollo y la plasmación de las actitudes políticas y de los discursos ideológicos de los ciudadanos españoles. Su honestidad intelectual se refleja a través de un tratamiento ecuánime e imparcial de los distintos discursos analizados. Si bien la autora toma claramente partido a favor de un patriotismo constitucional español que estuviera apuntalado por un mayor apego emocional y por un sentimiento de pertenencia más movilizador, su apuesta deriva más de sus afinidades electivas con

el republicanismo moderno que con una posible posición partidista. No debemos olvidar que Helena Béjar se ha convertido en toda una autoridad en el campo del republicanismo tras la publicación de su libro anterior, *El corazón de la república*.

A tenor de los análisis presentados en esta obra, la cuestión nacional es todavía una asignatura pendiente en nuestro país. Hace ya casi cien años, Émile Durkheim, en *Las formas elementales de la vida religiosa*, tuvo la genialidad que concebir el nacionalismo como una especie de fenómeno religioso de las sociedades industriales. Si es cierto que el nacionalismo es el dios de la modernidad, no cabe duda de que la culminación del proceso de modernización en España pasa por afrontar y resolver satisfactoriamente el problema de su identidad nacional.

LLUÍS FLAQUER

*Departamento de sociología,  
Universidad Autònoma de Barcelona*